

La existencia sitiada de Eduardo Subirats

BLANCA SOLARES*

email. bsolares@servidor.unam.mx

Recepción: 5/06/06

Aprobación: 25-06-06

La existencia sitiada de Eduardo Subirats (México, Finco, 2006) es un libro escrito a la luz de los conocidos acontecimientos del once de septiembre en los Estados Unidos. Está dividido en cuatro capítulos en los que el autor alude a la experiencia particularmente norteamericana de la existencia que, de manera general, encuentra similitudes con la situación globalizada que domina al hombre contemporáneo casi en cualquier otra latitud del planeta. La amenaza del terrorismo al modelo norteamericano de capitalismo que, sin embargo, no logra aún disiparse, significó la implantación, de hecho, de un estado de sitio en el país emblemático de la democracia, donde de un día para otro, cualquier ciudadano podía ser privado de sus derechos bajo el pretexto de ser sospechoso o víctima de un atentado al sistema, combatiente enemigo del Pentágono o miembro activo de Al Qaeda.

Existencia “sitiada” dice “presente sin escapatoria”, vacío, negación del ser, deseo de destrucción. “Se trata en primer lugar del individuo sentado frente a la pantalla” cuyas acciones, expectativas e identidad comercial y política han sido preconfiguradas estadísticamente. Existencia “sitiada” dice “encerrada en las cuatro paredes de la célula mínima de una habitación” por lo demás “urbanísticamente confinada por redes viales, centros comerciales y áreas de alta contaminación industrial”. Constata Eduardo Subirats unas páginas más adelante:

“se trata de algo más que de la devaluación de la experiencia y la disminución de la existencia. De algo más que una colonización electrónica de la conciencia sitiada y su reducción ontológica a la categoría de identidad

* Realizó estudios de Doctorado en Sociología y Filosofía en la UNAM. Es investigadora del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias y profesora en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Desarrolla la línea de investigación en estudios del imaginario: el símbolo y el mito. Entre sus últimas publicaciones están: *Madre terrible. La diosa en la religión del México antiguo* (2007); *Merlín, Arturo y las hadas* (2007).

narcisista de consumidor. Esta transformación subjetiva responde a una transformación de lo social, a una nueva constitución del tiempo histórico, a una modificación general de la civilización (p. 57).

Su trabajo, a mi entender, se articula alrededor de cuatro puntos básicos:

1. El papel de los **mass media** en la reformulación del sistema de necesidades y la anulación de todo pensamiento crítico. La instauración del poder totalitario de los medios de comunicación.
 2. La autodestrucción inminente del planeta y su colonización biológica. La amenaza de guerra global y nuclear.
 3. La complicidad intelectual en el mantenimiento de las condiciones sociopolíticas predominantes. La liquidación corporativa del intelectual.
 4. El fin del arte a la par del triunfo de la violencia y el espectáculo.
- Al conjunto de los ensayos de los que se compone el libro subyacen las tres preguntas de la filosofía de Kant, replanteadas a la luz de la existencia moderna o alienada: “¿Qué puedo saber en la cultura del espectáculo, qué podemos recordar desde las ruinas de las memorias culturales, y qué puede esperarse ante la dominación nuclear y biológica del planeta?”.

Como punto de partida del balance, el libro deja en claro que el *saber* está transido por el triunfo de los *massmedia*, que ha conseguido hacer del Yo una ficción gramatical.

Los medios de comunicación electrónica modifican la estructura perceptiva y cognitiva del sujeto (su manera de ver, de concentrarse, de escuchar, el conjunto de sus sentidos, la planificación del espacio, su memoria, etc.), configuran una “nueva” conciencia, diseñan las normas de conducta del “nuevo” humano, disuelven lo social y lo político en el reino del espectáculo televisivo. El fundamento técnico de los nuevos códigos lingüísticos electrónicos es la identidad de la producción mediática de la realidad con los instrumentos de destrucción militar (pp. 23 a 27).

La realidad mediática lleva la aceleración y fragmentación de los discursos y de las imágenes, la devaluación general de los lenguajes culturalmente heredados, la degradación de la experiencia individual.

La destrucción se asocia con un proceso técnicamente sofisticado que bloquea la comprensión reflexiva y suspende la posibilidad de la

experiencia. Los medios de comunicación operan como instrumentos de falsificación y ocultamiento de la realidad. A través de la representación mediática, la guerra de Irak fue transformada en ficción de un conflicto entre aparatos (ver páginas 37, 39 y 40).

Pero de hecho, las obras y los manifiestos de la vanguardia cultural europea de la década de los veinte habían sido ya, según Subirats, uno de los puntos de inflexión de la crisis de la modernidad contemporánea. Mondrian, Le Corbusier o El Lissitzky, dice, son patéticamente explícitos, respecto al postulado de una racionalidad geoméricamente matemática, funcionalista y mecánica, libre de toda reflexión crítica sobre lo social y libre de sus memorias. Albert Speer, Sergei Eisenstein, Le Corbusier son modelos que se proyectan bajo las funciones más prosaicas del artista-empresario en una cultura industrializada, cuyo centro pionero y emblemático fue Hollywood (p. 48). “Occidente no es una cultura histórica. Es una anti-tradición. Su fundamento es una concepción negativa del ser, resultante de la doble separación del mundo natural y del mundo histórico... el occidental no sabe de dónde viene ni lo que históricamente es... ha desterrado de sí mismo su presente y su pasado, se ha arrancado de los orígenes de su ser y puede arrojarse íntegramente a un futuro trascendente y ontológicamente vacío” (p. 133-134).

A partir de la lectura de este trabajo, me alegra poder constatar –pese a la realidad devastadora, que el mismo Subirats nos retrata, y que ha destruido todo resquicio de disidencia–, que el pensamiento no deja de “existir”, la rapidez de su prosa, la formulación aguda de su crítica, la penetración de su lenguaje, su preocupación por mantenerse siempre actualizado e informado de la situación mundial y del Tercer Mundo, capta el dolor y el desgarramiento de lo que podría ser el Apocalipsis contemplado cómodamente desde el televisor. Señala también que pese a las enormes cantidades de violencia y frustración que acompañan a la crisis de la modernidad, el autor se resiste en el resguardo y actualización de la memoria y tradición del pensamiento crítico (Adorno, Horkheimer, Musil, Benjamin).

Ahora bien, la degradación de los lenguajes humanos es una señal inequívoca de que en la cultura occidental, tal y como afirma G. Steiner, ha habido un cierto agotamiento de las palabras que tradicionalmente habían servido para que el ser humano se orientara por los caminos de la existencia. Es necesaria la crítica, pero quizá es también necesario cuidar que la crítica pueda diluirse en catarsis.

El trabajo de Eduardo es un signo de que pese a la situación crítica de las dicciones humanas no hay duda de que también hoy, a través del decir y decirse, inherentes a nuestra naturaleza, podemos aclararnos. Decir y decirse corresponden a la íntima constitución del ser que llega a ser lo que debe en la medida en que es capaz de rememorar los orígenes y anticipar el término (Ll. Duch).

En este sentido, de la caracterización de los rasgos y riesgos de la singularidad “sitiada” sobre la que se asienta el mundo moderno, surge la inquietud de si es posible esperar nuevos trabajos que además de la necesaria denuncia de la política *a-cultural* y ciertamente genocida controlada por los intereses de acumulación capitalista nos ayuden a reconstruir desde las ruinas, lo que la modernidad se afana en degradar: el cuerpo, la mirada, el lenguaje, el significado semántico de las imágenes místicas, míticas, arcaicas y artísticas.

Pues me parece que la *existencia*, que alude “a la vida humana”, a “cuestiones existenciales” y “vitales”, a la reflexión sobre el significado de la vida humana y sus avatares, accidentes, circunstancias y situaciones, alude por ello también a la reflexión sobre la existencia como “sentido de la vida en su inmanencia abierta o puesta en relación”.

Lo esencial es lo existencial, dice Andrés Ortiz-Osés en la presentación del *Diccionario de la existencia* curiosamente publicado casi de manera paralela a *La existencia sitiada*. Lo existencial es lo *relacional*, lo relacional es lo abierto a la *otredad*. “La existencia no es lo dado, sino la vida *en correlación* con la muerte: el amor y el odio, la felicidad y el sufrimiento, lo divino y lo demoníaco; lo espiritual y lo material; lo sublime y lo abyecto; la sabiduría y la caducidad; la persona, el hombre, la mujer, la soledad...”.¹

Por ello me parece que el trabajo de Eduardo Subirats que puede ser leído como la actualización de la denuncia de la modernidad o tendencias del “nuevo tipo de totalitarismo” que vivimos a escala planetaria, resulta de una actualidad tan decisiva y alarmante como necesaria. Es de desearse, sin embargo, que la crítica sea aquí el *enlace* con la reflexión que supone, pese a la catástrofe, el mantenimiento frágil del existir. Existir o existencias que transcurren y se abren, aún en estado de sitio, entre lo “ya-no-presente” y lo “aún-no- presente”.

¹ Andrés Ortiz-Osés y P. Lanceros (dirs.) (2006), *Diccionario de la existencia. Asuntos relevantes de la vida humana*, Barcelona, España, Ed. Anthropos/UNAM, p. 9.

Entre la memoria y el deseo de lo que se ausenta, por el traslado de estos vacíos y de estos huecos, se sigue viviendo y, más aún, hace pie un disenter ético, político y estético que, a diferencia del neototalitarismo dominante, es y será diseminado, múltiple, y a menudo invisible.